

Ciudadanos en la calle.

Violencia, virilidad y civilidad política en la campaña presidencial porteña de 1928

Marianne González Alemán

Universidad de Buenos Aires-CONICET

Rivadavia 5748 5ºE

1406 Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina)

(005411) 3535-5587

marianne.gonzalez@netcourier.com

La campaña presidencial de 1928 en Argentina constituyó un momento de particular intensidad, marcado por la figura central del candidato de la Unión Cívica Radical (UCR) Hipólito Yrigoyen. Su figura se instaló en el centro de la competencia política, en un contexto de exacerbación de las oposiciones al radicalismo y sobre todo a su versión personalista. En este contexto, más allá del mero antagonismo electoral, el momento sintetizó un conflicto fundamental del escenario político argentino en torno a los sentidos y modalidades adscriptos a la definición de las reglas del juego democrático. Para sus detractores, la victoria potencial del viejo líder radical era ante todo identificada con el retorno a un modo de ejercicio del ejecutivo y a una concepción de la legitimidad del poder a los cuales se atribuían los peores vicios: personalismo, abordaje mesiánico del mandato, superioridad de la “voluntad popular” por sobre las instituciones, “electoralismo”, etc¹. Si bien esta definición de los términos de la competencia política no era nueva, en 1928, sectores muy diversos del espectro político opositor expresaban una creciente pérdida de confianza en la capacidad regeneradora de los instrumentos del sufragio –tal como funcionaba desde 1912– para modificar las “costumbres políticas”². Además, varias líneas de conflicto se superponían en 1928, amplificando los desafíos de la campaña.

Desde 1924, la creación de un nuevo partido, la Unión Cívica Radical Antipersonalista (UCRA), había modificado fuertemente las relaciones de fuerza en el escenario político, provocando una serie de realineamientos en la trama de alianzas existentes entre las fuerzas políticas. En este sentido, el apoyo de los partidos conservadores a la fórmula presidencial de la UCRA (encabezada por Leopoldo Melo y Vicente Gallo) constituyó un elemento determinante, ya que contribuyó a polarizar la contienda electoral a nivel nacional entre las

¹ Entre 1916 y 1922, Hipólito Yrigoyen fue el primer presidente de la República Argentina electo según los términos de la reforma electoral de 1912.

² Entre otras cosas, la reforma electoral de 1912 estableció la obligatoriedad del voto para los varones argentinos adultos, ampliando significativamente el número de votantes. Además, instauró el secreto del ejercicio del voto con el objetivo de que los electores decidieran su preferencia electoral de manera individual e independiente.

dos facciones del radicalismo y, por ende, alrededor de la oposición entre yrigoyenismo y antiyrigoyenismo.

En Buenos Aires –un escenario cuyas lógicas eran a la vez nacionales y locales–, la campaña electoral se caracterizó por un nivel de movilización hasta entonces inédito³. Allí, la competencia por las elecciones presidenciales se vio dominada por la rivalidad entre las candidaturas de la UCR y de la UCRA –únicos partidos que podían pretender a un nivel de alcance nacional⁴. Para cada bando, la instancia representó la oportunidad de medir fuerzas en el escenario porteño. La división de 1924 había sido crítica para la Unión Cívica Radical personalista en términos de estructura partidaria, ya que diez de los veinte comités existentes en la ciudad se habían pasado al lado antipersonalista. Si bien, las elecciones municipales y legislativas de 1924 y 1926 habían dejado en claro el peso dominante de los yrigoyenistas en la Capital y la incapacidad de los antipersonalistas de obtener al menos la primera minoría por sobre el Partido Socialista, la competencia entre el antipersonalismo y el yrigoyenismo continuaba siendo feroz. Primero porque la escisión del PS en 1927 y la decisión del Partido Socialista Independiente de no presentar candidatos a la presidencia dejaba un campo libre a los candidatos de la UCRA. Por otra parte, si bien los antipersonalistas se encontraban en inferioridad en Buenos Aires frente a sus principales adversarios, disponían de una decena de gobiernos provinciales que podían ser cruciales en la batalla presidencial. Por lo tanto, la lucha entre las dos fracciones del radicalismo en el espacio porteño suponía también un desafío más simbólico: el de presentarse en el “corazón de las cosas” como el único representante de la “voluntad nacional”. En este contexto, las dos fracciones del radicalismo intentaron producir ciertas prácticas, imágenes y valores a partir de las cuales pudiera reconocerse en el espacio urbano el “verdadero” radicalismo. Al mismo tiempo, buscaron monopolizar la representación exclusiva de la “buena” ciudadanía y de la “voluntad popular”.

Así, la campaña electoral de 1928 puso en juego una contienda que cada bando presentó como absoluta y decisiva frente a un adversario construido como una amenaza a los valores y a las libertades republicanas. A su vez, esta intensa competencia se expresó a través de una serie de conflictos y enfrentamientos violentos, muchas veces orientados hacia la anulación simbólica del rival de las calles de la ciudad. El espacio callejero se impuso no sólo como el escenario fundamental de la propaganda partidaria, sino también como un objeto de disputa.

³ La Jefatura de policía declaró haber permitido un total inédito de 2462 conferencias callejeras y 411 manifestaciones entre enero y marzo de 1928 (*Memoria del Ministerio del Interior, 1928 – 1929*, 79).

⁴ El PS presentó una fórmula presidencial pero el sistema de representación de mayoría y minoría dificultaba la posibilidad de su triunfo en las provincias. El PSI no presentó candidatos a las presidenciales.

El carácter de “religión cívica” y el faccionalismo de la UCR han sido objeto de varios estudios⁵. Diversos autores resaltaron la tendencia del partido a identificar su “causa” con la de la nación entera, llamando mesiánicamente a luchar contra un “régimen oligárquico” personificado por la clase política que había gobernado el país desde 1880. Como lo ha señalado Túlio Halperín Donghi, esta visión del escenario político en términos de una dicotomía amigo / enemigo se inscribía en “la tradición de las facciones que entre 1852 y 1880 se disputaban retazos del poder, en nombre de un civismo y una virtud republicana de los que cada una de ellas se proclama la única defensora sincera”⁶. En el marco de esta retórica, historiadores como Joel Horowitz o Marcelo Padoan mostraron de qué manera la figura casi santificada de Yrigoyen fue construida desde los diarios y los textos partidarios como la encarnación del partido y de su lucha por la “regeneración” democrática del país⁷.

Nuestro objetivo consiste en parte en analizar esos discursos, pero también las prácticas e interacciones que los dos radicalismos desplegaron en un escenario específico, el de las calles porteñas, y en un contexto particularmente conflictivo, el de la campaña electoral de 1928. Prestaremos atención al lenguaje de la acción colectiva, pero también a los discursos que pretendieron dar sentido a las movilizaciones. Se trata así de identificar el rol que ocupó la calle en las concepciones del campo político de los actores involucrados en la contienda.

En 1912, la reforma Sáenz Peña había significado una apuesta al cambio en las reglas de juego político, convirtiendo teóricamente la vía electoral en la principal forma de definición de la ciudadanía activa. En este marco, los partidos políticos tenían la tarea de actuar como asociaciones orgánicas de ideas, capaces de representar las opiniones de la sociedad y de esclarecer a los nuevos votantes para transformarlos en ciudadanos independientes y concientes⁸. El espacio de la calle fue implícitamente asociado a esa empresa de “civilización de las costumbres electorales”⁹. Las conferencias electorales al aire libre eran concebidas como “escuelas de buena costumbre política” donde los partidos tenían la función pedagógica de formar la *opinión* pública que, luego, sería expresada mediante los comicios¹⁰.

⁵ Ana Virginia Persello, *El partido radical. gobierno y oposición, 1916-1943* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2004).

⁶ Túlio Halperín Donghi, *La larga agonía de la argentina peronista* (Buenos Aires: Ariel, 1994), 13.

⁷ Túlio Halperín Donghi, “El enigma Yrigoyen”, *Prismas*, no.2 (1998): 11-21; Marcelo Padoan, *Jesús, el templo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista* (Bernal: Unqui, 2002); Joel Horowitz, *Argentina's Radical Party and Popular Mobilization, 1916-1930* (Penn State Press, 2010).

⁸ Luciano de Prvitellio, “Las elecciones entre dos reformas :1900-1955”, in *Historia de las elecciones en la Argentina: 1805-2011* (Buenos Aires: El Ateneo, 2011), 135-233.

⁹ Yves Deloye, Olivier Ihl, “La civilité électorale: vote et forclusion de la violence en France”, *Cultures et conflits*, no.9-10 (1993): 75-98.

¹⁰ Aníbal Viguera, “Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922”, *Entrepasados. Revista de Historia*, no.1 (1991): 5-33; Marianne González Alemán, “¿Qué hacer con la

Sostenemos, sin embargo, que no desaparecieron del todo las tradiciones políticas que valoraban la *acción* como virtud cívica. A partir de 1928, la crisis del sistema político y la radicalización de la lógica amigo / enemigo contribuyeron a dar mayor visibilidad a esa otra faceta de la ciudadanía. Así, tanto la UCR como la UCRA apelaron a un imaginario cívico en gran parte vinculado a la cultura republicana desarrollada en la segunda mitad del siglo XIX¹¹. En este contexto, la calle, como espacio público y como espacio de representación, adquirió una importancia fundamental.

La calle y la agudización de los discursos identitarios

El personalismo, la calle y el pueblo

A lo largo de la campaña el discurso de la UCR apuntó a presentar la lucha política que se desplegaba en las calles de la ciudad como la “más trascendental que se haya registrado en los anales de la historia democrática” argentina¹². La competencia electoral fue planteada por la mayoría de los oradores de las reuniones públicas como una instancia decisiva que debía permitir separar definitivamente el “trigo de la cizaña”, el “leal” del “traidor”, el “pueblo” argentino de sus enemigos políticos. Si bien desde la victoria presidencial de Yrigoyen en 1916, los discursos y los rituales de identidad del partido no habían dejado de identificar la “Causa” defendida por el radicalismo a la de la Nación entera, las actividades de propaganda desarrolladas en 1928 en las calles de la Capital contribuyeron a agudizar esa lectura del conflicto político en términos esta vez más absolutos e irreductibles. Así, la necesidad imperativa de una segunda presidencia del candidato radical se veía justificada por la activación de una serie de motivos que la integraban a un relato más amplio característico de la “religión cívica” radical. Tal como lo señaló Marcelo Padoan, en la década de 1920, el discurso yrigoyenista asociaba el primer mandato de Yrigoyen a la figura bíblica de un nuevo Jesús cuya función habría sido la de expulsar del templo (la vida de la República) a los viles mercaderes (los hombres del “régimen”) que lo habrían profanado¹³. En 1928, la propaganda electoral fue ubicada en el marco de ese mismo relato, construyendo discursivamente el

calle? El derecho de reunión en Buenos Aires y la tentativa de reglamentación de Agustín P. Justo en 1932”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, no.34 (2011): 107-139.

¹¹ Hilda Sabato. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880* (Buenos Aires: Sudamericana, 1998).

¹² *La Época*, 18/03/1928, p. 12.

¹³ Padoan, Jesús, el templo y los viles mercaderes, 26-30.

retorno de Yrigoyen como la culminación de un nuevo combate que debía darse para “salvar la patria de los rapaces que buscan fortificarse en el poder”¹⁴.

En este contexto, el principal enemigo político contra el cual era dirigida la campaña estaba representado en la figura del “contubernio”, esa alianza “infame” entre el antipersonalismo y los conservadores en el marco de un Frente Único. Los radicales disidentes eran identificados como los que “se apartaron del pueblo para abrazarse con los representantes de los regazos del régimen”¹⁵, a partir de una operación que consistía en designarlos como los “traidores” a la “Causa”, los “Judas” de “Jesús”. Por lo tanto, los partidarios de la UCRA se veían integrados a una visión de la contienda presidencial que superaba los términos estrictamente políticos, pues, se organizaba alrededor de un sistema de valores que operaba una distinción moral entre uno y otro bando, desde una modalidad muchas veces tomada del registro religioso. Los candidatos del “contubernio” ya no eran simples adversarios sino “tránsfugas”¹⁶, “víboras”¹⁷ o la “bestia negra”¹⁸ que amenazaba la comunidad política. La campaña se asimilaba a un nuevo ciclo cuyo advenimiento prolongaba las luchas pasadas que habían conducido a Yrigoyen a la presidencia de 1916. En cada conferencia callejera, los oradores se empeñaban en relatar la secuencia de combates históricos del partido desde su fundación hasta la elección del líder, inscribiendo la UCR de 1928 en la continuidad del radicalismo de los orígenes. Según esta trama, la “nueva reacción conservadora”¹⁹, representada por la alianza entre conservadores y antipersonalistas, significaba un “peligro” ya conocido en la vida política y moral de la república:

“idéntico al que nos impuso, treinta y cinco años atrás.(...) ese ‘régimen’, corrompido y sojuzgador, (...) al que Hipólito Yrigoyen, con su legión unida y compacta, masa consciente de más de un millón de almas entusiastas, abatió para siempre, en 1916, realizando el ideal de la emancipación ciudadana, se propone volver a encaramarse en el solio augusto (...). Se lo impediremos nosotros, soldados firmes, en las filas de la Unión Cívica Radical y con nosotros aquellos que tengan nociones de honestidad, que abriguen pensamientos respetables”²⁰.

Frente al peligro, la defensa del “ideal de emancipación ciudadana” no sólo era radical, sino que involucraba el conjunto de los (buenos) Argentinos, es decir los que abrigaban “pensamientos respetables”. Por consiguiente, el “contubernio” se identificaba con los “malos ciudadanos”²¹ cuyas intenciones eran presentadas como gravemente nefastas para el país. Por

¹⁴ *La Época*, 24/01/1928, p. 2.

¹⁵ *La Época*, 08/01/1928, p. 12.

¹⁶ *La Época*, 22/01/1928, p. 12.

¹⁷ *La Época*, 01/03/1928, p. 2.

¹⁸ *La Época*, 15/03/1928, p. 3.

¹⁹ *La Época*, 20/01/1928, p. 12.

²⁰ *La Época*, 24/01/1928, p. 3.

²¹ *La Época*, 01/03/1928, p. 2.

otra parte, el antagonismo político se conceptualizaba a través de la metáfora guerrera, una consecuencia de la moralización y de la demonización de los adversarios. El uso del vocabulario tomado del campo de batalla era constante y asociaba la lucha cívica a una “cruzada reparadora conducida por el radicalismo”²². No se trataba, pues, de una simple competencia electoral, sino de un combate absoluto para la regeneración democrática que suponía la exclusión y la eliminación definitiva de los enemigos. Para Pedro Cagnoni, “la acción democrática de la Unión Cívica Radical ha[bía] de anular [al *contubernio*], haciéndolo desaparecer del escenario político”²³, mientras que para Francisco Turano, había llegado la hora “de la liquidación total de la bestia negra del contubernio”²⁴.

Propia del discurso yrigoyenista, la partición del campo político entre amigos y enemigos de la “Causa” reparadora se veía amplificada por el carácter decisivo y trascendental especialmente atribuido al antagonismo electoral de 1928. Tal radicalización de la contienda reposaba sobre la idea según la cual la realización democrática sólo era considerada posible a través de la reelección de Yrigoyen, “único verdadero jefe de los buenos argentinos”²⁵. El destino y la voluntad de la comunidad nacional eran, de hecho, totalmente y exclusivamente identificados a la UCR y a la figura de su líder, rechazando como un exterior cualquier alternativa política. Yrigoyen no era un simple candidato, sino el “redentor” que contaba “con la ayuda de la Divina Providencia”²⁶. En millares de afiches pegados en las paredes de la ciudad, su retrato figuraba en medio de un gran corazón con el lema: “En el corazón de la República, hay un solo hombre, ¡Yrigoyen!”. Esta imagen se complementaba con los discursos de los diferentes oradores que insistían en remarcar la elección espiritual y afectiva del “pueblo” por su presidente natural. Así, durante un discurso pronunciado frente a la estación de Retiro en marzo de 1928, Santiago Maradona afirmaba que el candidato radical había “entusiasmado el corazón del pueblo que, valiente, íntegramente radical, se hab[ía] juramentado en luchar con tesón contra la opresión”²⁷. De la misma manera, para Luís Guadalupe:

“Aparecieron nubecillas en el horizonte nítido de la patria, (...), amenaza borrasca. La nave del Estado no está bien aparejada. Estamos expuestos al naufragio. Únicamente con Yrigoyen en el puesto de comando, podremos salvarla, capeando el temporal, hasta encontrarnos lejos de las tempestuosas aguas en donde navegan Melo-Gallo”, verdaderos piratas, traidores de la causa que están en acecho para pegar el zarpazo demoledor (...).

²² *La Época*, 09/03/1928, p. 3.

²³ *La Época*, 24/01/1928, p. 2.

²⁴ *La Época*, 15/03/1928, p. 3.

²⁵ *La Época*, 24/01/1928, p. 3.

²⁶ *La Época*, 18/03/1928, p. 12.

²⁷ *La Época*, 11/03/1928, p. 3.

En esta época, en que cada poro de nuestro cuerpo es una boca que clama por la reelección de nuestro redentor (...). Quiera Dios que así sea. Preguntad a las madres de estos hogares pobres (...), si lo quieren a Yrigoyen, si lo esperan. (...)

Esta latente en sus corazones los gestos de bondad que surgieron de su piadoso corazón, cuando extendía su mano a todos los necesitados por igual, (...), y las criaturas, lo esperaron muchas veces como se espera al Rey Mago que trae el obsequio del cielo para premiar su inocencia”²⁸.

El discurso recurría nuevamente a diversas referencias que operaban una metaforización religiosa de lo político. Así, al evocar la escena bíblica del diluvio, la utilización de la alegoría del naufragio permitía plantear una situación trágica de la cual surgían los motivos de la tormenta y de la salvación. Por otro lado, la imagen del “zarpazo demoledor” del antipersonalismo parecía responder sobre un modo invertido a un afiche de propaganda de la UCRA que presentaba al yrigoyenismo amenazante bajo la forma de una bestia en postura amenazante contra la representación femenina de la República²⁹. Finalmente, Yrigoyen aparecía sucesivamente como el salvador, el elegido y el benefactor de un pueblo caracterizado más allá de los electores (mención de las madres y de los niños).

En este sentido, la adhesión popular al candidato de la UCR era celebrada como reposando sobre un vínculo ante todo emocional que superaba el mero proceso electoral. Aunque Yrigoyen no asistiera a ninguna asamblea callejera, la relación afectiva que lo unía al “pueblo” era constantemente puesta en relato por el diario radical *La Época* que, al dar cuenta del desarrollo de las conferencias, insistía sobre el ardor de los discursos y la supuesta espontaneidad del desarrollo de las reuniones. Las oratorias de los dirigentes del partido eran calificadas de “improvisaciones” “cálidas”, “expresivas”, porque siempre solicitadas desde el público quién, por otra parte, interrumpía a cada rato a los oradores con “demostraciones de entusiasmo”, “características de las reuniones políticas” del partido³⁰. Por supuesto, no se trata aquí de inferir a partir de estas descripciones, la adhesión o los sentimientos realmente experimentados por el público³¹. A nuestro entender, estos tópicos recurrentes de las crónicas radicales contribuían, sobre todo, a establecer el registro emocional como un elemento constitutivo de la identidad radical. Se construía como un rito obligado, un modelo de conducta preestablecido, un signo necesario y esperado para marcar el éxito de la conferencia. Tenían la función de retratar lo que, en el comportamiento del público, debía dar cuenta de su comunión e interacción con los oradores ; y consecuentemente con el radicalismo.

²⁸ *La Época*, 18/03/1928, p. 12.

²⁹ “Afiches de la propaganda electoral”, 03/1928, Departamento de Documentos Fotográficos, AGN, legajo 1022.

³⁰ *La Época*, 29/01/1928, p. 3.

³¹ Nicolas Mariot, “Les formes élémentaires de l’effervescence collective ou l’état d’esprit prêté aux foules,” *Revue française de science politique* 51 (2001): 717.

Es que las reuniones del partido radical eran consideradas manifestaciones de una victoria que se suponía adquirida de antemano. Este aspecto era teatralizado bajo diversas formas durante las conferencias. Primero, el lema “¡Yrigoyen será presidente!”, sistemáticamente coreado por el público y profusamente exhibido en las paredes de las ciudad, entraba en consonancia con los discursos deterministas de los oradores personalistas acerca de la certeza de la victoria. Así lo ilustra Alberto Sciorra:

“Los radicales, (...) hoy como ayer, impulsados por la nobleza de nuestro credo y la buena intención de honrar a la Patria, sabremos demostrar que nuestro pueblo es soberano y como tal llevará triunfante y otra y muchas veces más la gloriosa enseña radical. (...) La frase: Yrigoyen será presidente grabada esta en el corazón de todo buen ciudadano y el próximo 12 de octubre, un hombre excepcional, con humildad de apóstol, ocupará por segunda vez y por voluntad de un pueblo, la presidencia de la República”³².

La derrota electoral era inconcebible ya que la soberanía del pueblo sólo existía y podía realizarse con la victoria de Yrigoyen, restaurador de las libertades ciudadanas. Esta lógica, resultó particularmente perceptible a través de tres movilizaciones organizadas en Buenos Aires, en plena campaña electoral, para celebrar la victoria de los yrigoyenistas en las elecciones de gobernadores en las provincias de Salta, Córdoba, Tucumán y Santa Fe. En efecto, el anuncio de cada uno de los resultados, dio respectivamente lugar a una concentración de militantes radicales frente a las oficinas de *La Época*, quienes recorrieron luego triunfalmente el centro de la ciudad hasta llegar al domicilio de Yrigoyen en la calle Brasil. En estas ocasiones, los resultados favorables a la UCR personalista no sólo fueron interpretados como el signo de la victoria inminente del partido en las presidenciales, sino que fueron celebradas como la confirmación de algo ineluctable. Así, el 5 de febrero, apenas conocidos los resultados de Santa Fe, Leopoldo Bard declaró en la tribuna levantada delante de la residencia del futuro presidente que “había llegado el momento de proclamar ante el país que el Sr. Yrigoyen era desde ayer el presidente de la República para el próximo período”³³. Según esta lógica, la “proclamación” de la victoria del candidato de la UCR se jugaba previamente en la calle y se teatralizó a escala de la ciudad a través de una verdadera liturgia que se desplegó en cada uno de los tres desfiles.

La campaña radical de 1928 ubicaba, pues, la figura de Yrigoyen en el centro de la escena pública (abstracta, pero también física, de la ciudad). En un contexto en que la consolidación de la unidad y de la identidad de la UCR eran necesarias, ésta se presentaba abiertamente como un partido personalista cuyo líder representaba la “única y auténtica

³² *La Época*, 11/03/1928, p. 3.

³³ *La Nación*, 06/02/1928, p. 7.

aspiración democrática” de la nación. Los términos de la competencia electoral eran postulados de manera más absoluta que de costumbre, en función de una dicotomía más moral que política que oponía los “elegidos” a los “traidores”, el “pueblo” a sus enemigos, la virtud al vicio. En este marco, la calle adquirió una función que superó el mero desarrollo de las actividades proselitistas. En efecto, constituía un elemento central de la cultura política radical: el lugar donde se anclaba simbólicamente la unión irreductible entre el “pueblo” e Yrigoyen, unión que, en un segundo tiempo, iba a ser “necesariamente” confirmada en las urnas. Así, en plena campaña, el 11 de febrero de 1928, el diario radical *La Calle* festejó el primer mes de su existencia. En esta ocasión, el título del diario fue celebrado por su director en términos significativos:

“*La Calle* viene de la calle, que es decir, del pueblo, de la muchedumbre, crisol tumultuoso en donde se engendran los grandes destinos de un país; viene de esa entraña fecunda de donde ha surgido también la gran figura nacional que polariza todas las esperanzas y todas las aspiraciones de la democracia argentina en esta hora que es una encrucijada de nuestra historia: Hipólito Yrigoyen. *La Calle* no podía desmentir ese origen; surgiendo del pueblo, de sus más profundos y recónditos meandros, ella es para el pueblo y en ella se encarnan su alma y su pensamiento”³⁴.

El antipersonalismo contra la “tiranía”

Al definir los términos de la competencia política con dicotomías absolutas, la campaña de la UCR contribuyó a condicionar un poco más las opciones de sus principales adversarios, en particular del antipersonalismo. Marcelo Padoan señaló que, a partir de la escisión de 1924, “el combate discursivo llevado adelante por radicales antipersonalistas e yrigoyenistas se desarroll[ó] dentro del mismo campo semántico”, oponiendo los “auténticos apóstoles” del radicalismo a sus “impostores”³⁵. Siguiendo esta lógica, la campaña de la UCRA se presentó como una réplica a la de la UCR, retomando de ésta los mismos valores, el mismo lenguaje, pero de un modo invertido. El lema coreado en cada conferencia callejera por el público antipersonalista era en este sentido, revelador. Consistía en retomar literalmente el de los yrigoyenistas, agregándole una especie de negación preformativa: “¡Yrigoyen no será presidente!”. A través de este leitmotiv, los radicales disidentes contribuyeron también a ubicar al líder de la UCR en el centro del escenario político. Sin embargo, según la dicotomía antipersonalista, éste último se veía ubicado del lado de los “falso pontífices”³⁶.

³⁴ *La Época*, 11/02/1928, p. 14.

³⁵ Padoan, Jesús, *el templo y los viles mercaderes*, 34.

³⁶ *La Nación*, 18/02/1928, p. 10.

En efecto, al igual que sus adversarios, los candidatos de la UCRA procuraron presentarse como los verdaderos representantes de la tradición radical. Por lo tanto, en cada uno de sus discursos, se esmeraron en resaltar su larga trayectoria militante, su participación en los acontecimientos históricos del partido (la Revolución del Parque de 1890, las primeras luchas electorales, etc.) y, sobre todo, su cercanía pasada con la figura el fundador del radicalismo, Leandro N. Alem. Así por ejemplo, en ocasión de una conferencia organizada en la intersección de Tacuarí y Carlos Calvo (en pleno bastión radical), el 17 de febrero, el candidato Leopoldo Melo dedicó gran parte de su discurso a recordar sus proezas de viejo militante de la UCR:

“El orador comenzó rindiendo homenaje en esa parroquia, de honrosa actuación en la historia del radicalismo, a la tradicional bandera del Parque, “cuyos colores - dijo - llevé como emblema sobre mi pecho en las jornadas del año 1890”. Después agregó que había sido de los jóvenes que escucharon el verbo maravilloso de Alem, y que recordaba las inolvidables asambleas de la sección que ayer lo proclamaba candidato a la futura presidencia”³⁷.

A través de sus relatos, tanto Melo como Gallo buscaron establecer discursivamente una especie de filiación ideológica e histórica que los postulara como los herederos auténticos del radicalismo, el de los “orígenes”, antes de que su esencia hubiera sido “corrompida” por la dirección de Yrigoyen. La referencia a Alem funcionaba, pues, como una suerte de garantía de la fidelidad a los principios fundadores de la UCR que ellos proclamaban. Sin embargo, esta alusión operaba de manera contradictoria. En efecto, si bien la persona de Alem era identificada con los “verdaderos” valores radicales –es decir los que sostenían el carácter impersonal del partido–, era invocada al mismo tiempo como una figura heroica, capaz de rivalizar con la del líder personalista. Por lo tanto, Alem también se veía asociado a un nuevo Jesús redentor:

“Se me presenta Alem - continuó - fulminando a los traidores a la causa radical, y me parece que lo veo haciendo sentir su fusta sobre las espaldas de los mercaderes del templo... Aquí estamos ahora para cumplir con nuestro deber y desenmascarar a los falsos pontífices, bajo cuyos trajes se encubriría la túnica del histrión”³⁸.

Así, la lógica amigo / enemigo de la retórica antipersonalista retomaba los términos planteados por el yrigoyenismo. Presentaba la lucha electoral según una partición de la política que consistía en designar a los “impostores”, a desenmascararlos, tal como lo había hecho Alem en su tiempo. Según ésta dialéctica, el carácter personalista de la UCR era constantemente denunciado por los dirigentes de la UCRA como una traición a la tradición

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ *Ibidem.*

radical enunciada por su fundador. Por eso, a la “falta de ideas y doctrina”³⁹ del partido de Yrigoyen, los discursos oponían sistemáticamente el antipersonalismo que, según Vicente Gallo no era “sino el culto a los principios, el homenaje al derecho y el amor a las virtudes máximas de la ciudadanía”⁴⁰. Por lo tanto, Yrigoyen era asimilado a la nueva “tiranía”: la de la “exaltación de las ideas demagógicas que son una degeneración de la democracia”⁴¹.

Varios dispositivos fueron utilizados por los oradores para resaltar el carácter “principista” del partido y así diferenciarse de sus adversarios. La dirección de la UCRA decidió, por ejemplo, recurrir a una presentación oral de su programa económico acompañada de cifras y esquemas, mientras que un documental y una serie de diapositivas fueron proyectados en las calles de la ciudad desde un camión:

La Agrupación Cívica Independiente adherida a la fórmula Melo-Gallo, ha resuelto exhibir una serie de proyecciones luminosas, cuyo contenido ha sido tomado parte de las publicaciones de D. Benjamin Villafaña y parte de cuadros estadísticos y datos generales recopilados en las oficinas nacionales. Al mismo tiempo que se den las proyecciones los oradores de la Agrupación Cívica Independiente Dres Aristides Orsolan y Carlos Volpt explicarán los motivos a que se refieren cada una⁴².

La estrategia desarrollada por el Comité de la Capital de la UCRA y por las asociaciones adherentes apuntaba explícitamente a escenificar presentaciones didácticas durante las cuales cada dirigente político debía sustentar sus demostraciones con números, sugiriendo de esta manera la supuesta racionalidad de su discurso. Las proyecciones antipersonalistas centraban el argumento en las estadísticas comentadas por los oradores al público reunido en la calle.

Sin embargo, más allá del discurso unánime de repudio al personalismo yrigoyenista, algunas tensiones y ambigüedades se traslucieron en las conferencias de la UCRA. Principalmente porque, junto a las demostraciones estadísticas, el partido acudió a un personaje que participó activamente a la campaña porteña, el ex gobernador de la provincia de San Juan y entonces senador de la misma, Federico Cantoni, cuyas características remetían, paradójicamente, a los aspectos más censurados de Yrigoyen. En efecto, a pesar de los múltiples conflictos que lo oponían al yrigoyenismo en sus tierras, Cantoni había cultivado un estilo popular y personalista, eligiendo la alpargata como símbolo de su partido, la UCR bloquista. Por lo tanto, funcionó como una especie de garantía popular de la campaña porteña del antipersonalismo durante la cual él mismo se ocupaba de destacar las medidas sociales

³⁹ *La Nación*, 12/03/1928, p. 7.

⁴⁰ *La Nación*, 18/02/1928, p. 10.

⁴¹ *La Nación*, 14/03/1928, p. 9.

⁴² *La Nación*, 04/03/1928, p. 8.

implementadas en su provincia⁴³. Sin embargo, también representaba una figura controvertida, acostumbrada a las luchas facciosas y al uso de la violencia política, tanto verbal como física⁴⁵.

Cantoni participó como orador de numerosas conferencias públicas de la UCRA en Buenos Aires. De hecho, el tono de sus discursos llamó particularmente la atención de los diarios que insistieron –a menudo con una incomodidad velada– en sus “expresiones particulares y el carácter gráfico de sus frases”⁴⁶. El senador de San Juan no dudaba en efecto en insultar a sus adversarios, denunciando por ejemplo a los “gandules” del yrigoyenismo que ocupaban la administración pública, y comparando a Yrigoyen a un “zángano”. En cada una de sus apariciones públicas, la prensa porteña daba cuenta de la efervescencia que sus discursos provocaban entre el público. Con frecuencia, la popularidad de Cantoni parecía incluso eclipsar a los candidatos de la fórmula presidencial. En efecto, en varias ocasiones, el nombre del dirigente de San Juan era coreado fervorosamente por la audiencia aún cuando éste ni siquiera estaba presente en el lugar de la reunión⁴⁷.

Por ejemplo, un artículo de *La Nación* relata una escena explícita ocurrida durante la proclamación de Melo y Gallo en la sección 13: apenas concluidos los discursos de los dos candidatos, el público pareció impacientarse y reclamó fervientemente la palabra de Cantoni. En ese contexto, los organizadores del acto respondieron a la petición invitando a la audiencia a que se movilizara hasta el Comité central del partido, donde se encontraba el senador de San Juan. Desde los balcones del comité, éste pronunció finalmente una alocución⁴⁸. Aunque no sea posible evaluar el nivel de “espontaneidad” de esas demostraciones, ni tampoco determinar quienes, entre el público, se encargaron de lanzarlas, algunas interpretaciones pueden deducirse de las crónicas periodísticas. En efecto, el estilo personal de Cantoni, su retórica directa y campechana, parecían corresponderse a un formato esperado por la audiencia de las conferencias radicales; un formato que permitía a los manifestantes reubicarse, manejar los códigos y “desempeñar su rol” para producir expresiones de adhesión.

⁴³ Dirigente de la UCR bloquista, Federico Cantoni impulsó varias reformas sociales importantes durante su primer mandato en la gobernación de San Juan: entre otras, implementó la jornada de ocho horas y el sueldo mínimo. Inició también numerosas obras de infraestructuras públicas. En 1927, el bloquismo hizo votar una nueva constitución provincial que otorgó el derecho de votar a las mujeres y estableció la separación de la Iglesia y del Estado. Celso Rodríguez, *Lencinas y Cantoni, el populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1979), 302-303.

⁴⁵ En 1921, Federico Cantoni fue acusado de ser el autor intelectual del asesinato de su adversario político, el entonces gobernador de San Juan, Amable Jones (que también había intentado matarlo). Ese “crimen de la Rinconada” intervino después de un discurso pronunciado por Cantoni durante un mitin en el que alentó al público a armarse de Winchesters y de Máuseres para asesinar a su rival.

⁴⁶ *La Prensa*, 09/02/1928, p. 15

⁴⁷ *La Nación*, 11/03/1928, p. 9.

⁴⁸ *La Nación*, 15/03/1928, p. 8.

De hecho, la escena acontecida en la sección 13 presenta similitudes con las descripciones clásicas de las reuniones públicas personalistas. En este sentido, las arengas del tribuno de San Juan permitían restablecer el registro emocional y ferviente inherente a la tradición de las movilizaciones radicales. Cantoni se imponía, pues, como el orador clave, distinguiéndose de otros por la interacción particular que establecía con la asistencia, y alrededor de la cual podían expresarse las demostraciones de entusiasmo.

Finalmente, los contenidos enunciados por el conjunto de los oradores de las conferencias dan cuenta de una concepción particular del momento 1928, en donde la campaña era presentada como un combate que superaba la mera cuestión coyuntural de las elecciones. Así, para Melo, “no se trata[ba] de una competencia de candidaturas”, sino de “defender la cultura argentina”⁴⁹ contra la “tiranía”. Benjamín Villafaña por su lado, expresaba una idea similar:

“El orador inició su conferencia diciendo que la hora que vive el pueblo argentino es una de las más oscuras de su historia, y aseguró que al fin de ella se encontraría despejada una senda de paz y de progreso. (...)

Más adelante añadió : « (...) El llamado “régimen” de los tiempos más estigmatizados, (...), fue suplantado por otro régimen, más subalterno, más raquíntico y más detestable (...)

Terminó diciendo (...) que la fórmula Melo-Gallo era en estos momentos el símbolo de la civilización y del progreso y que el dilema que el país tenía por delante era el de seguir la bandera de la moral y de la justicia o la del fraude y la mentira”⁵⁰.

Asimilando el gobierno de Yrigoyen a un nuevo “régimen”, los oradores postulaban el desafío de la campaña como una elección trascendental, moral y cultural, entre la opresión y la libertad, entre la democracia y su degradación, una elección en suma de “civilización”. Los afiches de la UCRA fijados en las calles de la ciudad contribuían a comunicar ese mensaje. Representando a la alegoría femenina de la República perseguida por una mano de bestia de garras amenazantes, se acompañaban del lema: “Ciudadano: defended la República de la opresión yrigoyenista votando la fórmula Melo-Gallo que es la expresión de Democracia y Civismo”⁵¹. Así, el yrigoyenismo era denunciado como un peligro para las libertades cívicas, a partir de una retórica bien precisa cuyos valores y representaciones remitían a las concepciones políticas heredadas de la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, por su personalismo, el candidato de la UCR era acusado de desnaturalizar las tradiciones cívicas y las instituciones asociadas al ideal de vida republicana. Es en parte por esta razón que se lo

⁴⁹ *La Nación*, 18/02/1928, p. 10.

⁵⁰ *La Nación*, 20/01/1928, p. 8.

⁵¹ “Afiches de la propaganda electoral”, 03/1928, *op. cit.*

calificaba de “tirano”. Según esta lógica, tanto como en 1890⁵², la elección de 1928 se convertía en una especie de lucha para restaurar las “libertades republicanas”.

Más precisamente, los oradores de la UCRA hacían hincapié en el supuesto agravio que el yrigoyenismo significaba para la dimensión pública de la actividad ciudadana. Insistían, pues, en denunciar el “espectáculo vergonzoso del incondicionalismo, las notas desbordantes de adulación”⁵³ que, según pensaban, aparecían en las conferencias callejeras de los personalistas. Para Antonio Inchausti éstas eran formadas por “débiles de espíritu, eternos fatalistas que no tien[ía]n una orientación definida en su vida ciudadana”. A esta expresión política juzgada como puro “sensualismo”, el antipersonalismo pretendía oponer las virtudes y los valores que atribuía a la “buena ciudadanía”: para Inchausti, “abnegación, desinterés, fervor cívico, sacrificio”⁵⁴; para Melo “la protesta viril de los hombres libres, dispuestos a someterse a todos los sacrificios antes que uncirse al yugo de la mansa servidumbre”⁵⁵. A través de esas palabras, los dirigentes antipersonalistas reactivaban una concepción de la acción ciudadana fuertemente impregnada de la tradición republicana de la segunda mitad del siglo XIX⁵⁶. Según éstos términos, el “buen ciudadano” era aquél que se mostraba capaz de asumir públicamente posiciones “viriles”, él que tenía el aplomo de expresar libremente sus opiniones en la escena pública, sin dejarse llevar por el juego pernicioso de las emociones. Por esta razón, los candidatos de la UCRA celebraban constantemente la “más grande jornada del civismo argentino”⁵⁷, en referencia a la revolución de 1890. Recordando las movilizaciones cívicas radicales de 1891, Leopoldo Melo llegó hasta a formular una conclusión desconcertante:

⁵² En 1890, un grupo de políticos y oficiales del ejército reunidos en la Unión Cívica protagonizaron un levantamiento contra del presidente Miguel Juárez Celman y el régimen conservador establecido desde 1880. La “Revolución del Parque” procuraba la restauración de los principios (la soberanía popular y la división de poderes), de las instituciones (el sufragio) y de las tradiciones (la cultura política anterior a 1880) republicanas que se consideraban pervertidas por los gobiernos conservadores. La “corrupción” del orden fundacional – el de la Constitución de 1853 – y la “decadencia moral” legitimaban el uso de la violencia política contra el poder vigente: se trataba de recuperar las virtudes y los modos de participación cívica propios de las libertades republicanas de antaño. Paula Alonso. *Entre la revolución y las urnas: los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa* (Buenos Aires: Sudamericana, 2000).

⁵³ *La Nación*, 15/03/1928, p. 8.

⁵⁴ *La Nación*, 31/03/1928, p. 7.

⁵⁵ *La Nación*, 15/03/1928, p. 8.

⁵⁶ Matthew Karush ha analizado el uso de la temática de la virilidad (atribuida positivamente a los caudillos rurales del siglo XIX) en el discurso del dirigente radical rosarino Ricardo Caballero. Este oponía el materialismo decadente de la oligarquía a la valentía de los criollos de antaño que luchaban por sus ideales. Esta dicotomía tenía el objetivo de interpelar a la clase obrera de la ciudad de Rosario. A nuestro entender, esta retórica forma parte de un imaginario más amplio que tiende a asociar las demostraciones públicas de opinión a la virtud republicana. “Workers, Citizens and the Argentine Nation: Party Politics and the Working Class in Rosario, 1912-3”, *Journal of Latin American Studies* 31, no. 3 (1999): 589-616.

⁵⁷ *Ibidem*

“Entonces nadie ocultaba sus opiniones, aunque decir lo que se pensaba solía costar a menudo el puesto público desempeñado. Todos se expresaban con valentía y no había esa encrucijada traídora y alevosa que constituye el cuarto oscuro”⁵⁸.

No hay que interpretar en estas palabras un cuestionamiento al principio mismo del sufragio, sino más bien la expresión de cierta concepción de la representación ciudadana cuyos valores se oponían al secreto del voto. En efecto, en los discursos antipersonalistas, tanto la movilización cívica en la calle, como el voto *viva voce* procedían de la misma idea de ciudadanía, la que asociaba la publicidad al coraje cívico de expresar convicciones, al deber de afirmar bien alto su participación al bien común de la comunidad. Según esta lógica, el yrigoyenismo se veía asociado al universo del secreto (del cuarto oscuro), el que traiciona, que permite a los “débiles” –los que son incapaces de defender firmemente ideas propias– votar sin fundamentos por los “falsos apóstoles”. En este sentido, la “tiranía” denunciada por los oradores antipersonalistas era también la de la “plebe” que, según pensaban, seguía ciegamente y emocionalmente a Yrigoyen. La referencia constante a la acción cívica de los “hombres libres” de fines del XIX dejaba trasparecer cierto exclusivismo, reservando la participación política a los que se mostraban públicamente y culturalmente dignos de ella.

Así, los discursos del antipersonalismo entremezclaban resonancias históricas que inscribían la campaña electoral en un marco más amplio. Esto nos deja algunas preguntas pendientes. En efecto, al presentar el momento político como más trascendental que una simple instancia electoral, los oradores otorgaban un sentido ambiguo a la posibilidad de una derrota frente a Yrigoyen. Si se trataba de luchar contra la “tiranía”, contra el nuevo “régimen”, contra la “muerte del civismo”, los resultados de las urnas sólo se anunciaban implícitamente aceptables en caso de una victoria de la fórmula Melo-Gallo. En este sentido, los discursos pronunciados durante la campaña dejaban una duda acerca de la posible aceptación de un desenlace contrario. En semejante caso, ¿cuál era el valor atribuido al voto de esos “débiles” que se dejaban “engaños” por el personalismo?

El 8 de febrero, al día siguiente de un incidente provocado por unos yrigoyenistas durante una asamblea pública de la UCRA, Melo dio quizás un elemento de respuesta: incitó a los manifestantes reunidos en las calles de Flores a que se encuentren “dispuestos a cumplir con [sus] deberes de verdaderos argentinos en la medida y en el terreno que las circunstancias lo exij[ier]an”⁵⁹. El mismo día, Vicente Gallo terminó su discurso por un “¡Viva la Unión Cívica Radical!”, agregando que, con ese lema, había “que apagar en las calles el nombre del jefe

⁵⁸ *La Nación*, 18/02/1928, p. 10.

⁵⁹ *La Nación*, 09/02/1928, p. 7.

único”. Nuevamente, la calle aparecía como un elemento clave. En este caso, su invocación remitía a una valoración de la acción cívica que permitía (según la lógica del orador) restaurar libertades supuestamente perdidas⁶⁰.

Conflictos y acciones violentas en la calle

Más allá de los discursos virulentos, la tensión particular que caracterizó la campaña encontró su expresión en una serie de conflictos y enfrentamientos de los cuales la ciudad constituyó a la vez el escenario y el objeto de disputa. En efecto, a partir de un relevamiento sistemático de las conferencias reseñadas por los diarios *La Nación*, *La Época*, *Libertad!* y *La Vanguardia*, entre enero y marzo de 1928, pudimos identificar un total de 54 situaciones de conflicto en la calle –22 de las cuales se acompañaron de acciones violentas– que provocaron por lo menos 56 arrestos, 10 heridos y un muerto⁶¹.

Por conflicto entendemos la expresión de una rivalidad entre dos partidos o entre un partido y las fuerzas del orden cuyos términos se plantean sobre un modo antagónico. Consideramos que hay violencia cuando las conductas y los comportamientos de un grupo de actores apuntan a modificar la situación de sus rivales – es decir a provocar una desorganización, heridas corporales o el control material del espacio–, por medio de la intimidación o del intercambio de golpes, con el objetivo de afirmarse identitaria y políticamente. Por lo tanto, elegimos poner el acento en un abordaje más antropológico de la violencia, explorando su dimensión cultural. A pesar de los límites que presentan las fuentes, procuramos describir los comportamientos, los códigos y las prácticas de los actores en el espacio público, considerando la violencia como parte integrante del juego político que se despliega en las calles de Buenos Aires. Consideramos la violencia como “significante, codificada, controlada, modelada, en suma, una violencia cultivada” y compartida por determinada cantidad de actores⁶².

La relación entre violencia y elecciones no era nueva en el espacio porteño de 1928. Como lo mostró Hilda Sabato, durante la segunda mitad del siglo XIX, la violencia no fue sino la “otra faceta” de los comicios. En aquél entonces, las prácticas electorales se asemejaban a menudo a verdaderas “guerras limitadas” inherentes al juego interno de las facciones políticas, cuyos actores conocían y aceptaban las reglas preestablecidas. Pequeños

⁶⁰ *La Prensa*, 09/02/1928, p. 15.

⁶¹ A partir de los datos publicados por los diarios, registramos a 20 personas detenidas, heridas o muertas durante los enfrentamientos callejeros y de las cuales conocemos la edad, el domicilio y la profesión.

⁶² David Lepoutre, *Cœur de banlieue: codes, rites et langages*, (Paris: O. Jacob, 1997), 20.

grupos de votantes dirigidos por caudillos de distintos niveles se disputaban el control de las mesas electorales. Por lo tanto, la victoria en las urnas “se asociaba estrechamente a la victoria de las armas”⁶³, así como a la toma de control por la fuerza del espacio del voto, en el marco de una concepción de lo político que tendía a exaltar las marcas de virilidad republicana de los actores. Alrededor de los años 1890 sin embargo, los discursos públicos ubicaron en el centro del debate la denuncia de las prácticas violentas y, a partir de la reforma de 1912, el cuarto oscuro se impuso teóricamente como un elemento clave para garantizar la eliminación de los enfrentamientos colectivos en los días de comicios. En ese contexto, el ideal de “pacificación” de las costumbres políticas se vio particularmente identificado con una ciudad de Buenos Aires que actores y observadores se empeñaban en ponderar por su nivel superior de civilidad política.

Non obstante, las fases electorales posteriores a 1912 conservaron de manera residual su componente belicoso. En cada elección, el relato periodístico de las campañas se acompañaba casi siempre de algunas denuncias de acciones violentas cuyas expresiones se habían trasladado de los atrios a las calles de la ciudad⁶⁴. Durante el período preelectoral de 1928, estas prácticas cobraron una centralidad particular, intensificadas por el alto nivel de politización y crispación que caracterizó el momento. En un contexto particularmente marcado por la lógica amigo / enemigo, la importancia de la calle como escenario principal de la competencia condujo a que cada partido procurara cubrir el conjunto del espacio de la ciudad, hacerse visible y oíble en él, y afirmarse frente a sus adversarios. Por lo tanto, es fundamental tomar en cuenta la dimensión de lucha territorial de los conflictos. Cuando éstos desembocan en acciones violentas, revelan una serie de lógicas locales que se encuentran al límite entre lo social y lo político. A través de éstas pueden identificarse determinados códigos de conducta y valores que dejan entrever el revés de la faceta “civilizada” de la sociabilidad política ordinaria. Proponemos, disecar el desarrollo y las modalidades de las acciones violentas para formular luego una interpretación de éstas.

⁶³ Sabato, *La política en las calles*, 87.

⁶⁴ En 1918, durante la campaña por las elecciones legislativas, el socialista Vicente de Tomaso fue asesinado durante una refriega, mientras intentaba repeler a adversarios radicales con su revolver. Varias peleas fueron también registradas en las secciones del centro. Durante la campaña de 1920, un incidente ocurrido en la sección 12 terminó con la muerte de un militante radical frente a un comité socialista. En 1922, los desacuerdos entre radicales alrededor de la fórmula presidencial provocaron varios incidentes con uso de armas de fuego. En 1926, en plena propaganda por las elecciones de diputados, un enfrentamiento entre personalistas y antipersonalistas de la sección 2 terminó en un tiroteo y se saldó con tres heridos de bala. *La Nación*, 11/01/1918, p. 8; *La Nación*, 04/03/1920, p. 8; *La Prensa*, 08/03/1926, p. 13.

Entre enero y marzo de 1928, determinadas prácticas dejaron aparecer concretamente la fuerte tensión y las rivalidades que se desplegaron a escala de la ciudad. En particular, el recurso de las invectivas y de las aclamaciones con el objetivo de afirmar la fuerza de un compromiso político, interrumpir el desarrollo de una conferencia adversa y, si la obstrucción resultaba eficaz, impedir que los oradores del bando rival pudieran tomar la palabra, constituyó una estrategia recurrentemente utilizada durante la campaña. A veces inclusive, se trataba de sustituirse al orador rival para apropiarse de la tribuna⁶⁵. Entre febrero y marzo de 1928, identificamos 42 conferencias momentáneamente interrumpidas por provocaciones verbales. En todos los casos, estas acciones fueron iniciadas por partidarios del radicalismo personalista que, la gran mayoría de las veces, dirigieron sus ataques simbólicos contra las reuniones públicas antipersonalistas. Así, sobre 42 conferencias molestadas, 35 habían sido organizadas por la UCRA, 6 por el PS y una por el PC.

Hacia el final de la campaña, la actividad de obstrucción desplegada por los yrigoyenistas cobró tanta importancia que, el 11 de marzo, el Jefe de Policía se vio obligado a tomar medidas específicas para garantizar el orden durante las conferencias antipersonalistas. Se reforzaron los cordones de seguridad para impedir la intrusión de adversarios y se dispuso que “cualquier persona que [pronunciara] el más ligero grito adverso [sería] inmediatamente detenida”. Además, se organizó una vigilancia especial en los alrededores de los comités radicales de Tacuari al 16 y de Avenida de Mayo entre Piedras y Tacuari, y se empezó a usar carros celulares destinados a funcionar como “prisiones ambulantes”⁶⁶. A pesar de esto, a partir del 7 de marzo, no se registró casi un solo día sin que una reunión de la UCRA no fuera interrumpida por agitadores de la facción adversa. En esta fecha, Federico Cantoni se habría exclamado públicamente a favor del asesinato de Yrigoyen en ocasión de un discurso pronunciado durante una conferencia callejera del antipersonalismo⁶⁷. Esta ofensa contribuyó a encender las reacciones de los militantes personalistas y a intensificar los conflictos en la ciudad.

Los métodos utilizados para obstruir las conferencias presentaba casi siempre el mismo *modus operandi*. Primero, varios individuos se ubicaban en los alrededores del lugar de la reunión o se mezclaban entre el público. Cuando un orador importante tomaba la palabra, uno

⁶⁵ *La Nación*, 08/02/1928, p. 8.

⁶⁶ *La Nación*, 11/03/1928, p. 9.

⁶⁷ *La Época*, 08/03/1928, p. 1; *La Nación*, 09/03/1928, p. 8.

de los intrusos lanzaba algunos vítores a Yrigoyen, provocando de esta manera un tumulto. Otras veces, era común que un agitador lanzara las mismas exclamaciones desde un auto o un tranvía. Varios indicios permiten pensar que la mayor parte de los sucesos relevados correspondían a prácticas organizadas y ritualizadas cuyos actores conocían las reglas y los modos de interacción.

Primero porque el carácter sistemático que adquirieron las acciones a lo largo de la campaña, así como la orientación específica de éstas contra las conferencias antipersonalistas, sugieren la probable existencia de una especie de acoso organizado por los militantes yrigoyenistas. Por otro lado, porque la mayoría de las veces, una misma conferencia era interrumpida varias veces por diversos individuos. Además, esta situación solía desembocar en una pelea durante la cual los partidarios de Yrigoyen reaparecían en grupo, dando así a pensar que los vítores individuales sólo constituían el preámbulo de una acción ante todo colectiva. De hecho, cuando las fuentes informan sobre el domicilio de las personas arrestadas por provocar un enfrentamiento, podemos notar que éstas provenían en su mayoría de un mismo barrio. En este sentido, el estudio de algunos casos resulta ilustrativo.

El 9 de febrero de 1928 (nº1), en la esquina de Defensa y Brasil, en pleno bastión yrigoyenista, una conferencia antipersonalista fue organizada por el comité del barrio, teniendo como uno de los oradores a Federico Cantoni. Durante el transcurso del evento, los dirigentes de la UCRA pronunciaron sus discursos en medio de “gritos concertados” a favor de Yrigoyen y de “frecuentes toques de clarín” que parecían provenir “de todas las direcciones”. Por momentos, algunos grupos del público pretendieron acercarse a los agitadores que se habían ubicado a una cuadra del lugar de la reunión, repartiéndose en cada una de las esquinas. La policía intentó detener a los primeros, pero su tarea se vio dificultada por la “actitud belicosa de cada bando”, en particular de algunos “elementos notorios” que buscaban la pelea. En efecto, los contrincantes intentaron acercarse varias veces a la reunión, siendo sistemáticamente rechazados por los agentes. Finalmente, algunos grupos terminaron enfrentándose a puñetazos hasta que las fuerzas del orden los separaron. Una vez terminada la conferencia y dispersado el público, la agitación prosiguió en el barrio, obligando a la policía a redoblar sus esfuerzos para evitar los enfrentamientos⁶⁸.

El 29 de febrero (nº2), una reunión antipersonalista organizada sobre México y Dean Funes fue interrumpida por un individuo que aclamó a Yrigoyen desde un colectivo. Algunos miembros de la asistencia lo persiguieron y la intervención de la policía lo obligó a bajarse del

⁶⁸ *La Nación*, 10/02/1928, p. 7; *La Prensa*, 10/02/1928, p. 16.

vehículo. A pesar de su detención, el sujeto siguió viviendo a Yrigoyen, provocando la indignación de los militantes antipersonalistas. De repente, se oyó un disparo que hirió al detenido en la pierna izquierda. Este último, que también llevaba un revolver, fue identificado como Carlos Berardi, afiliado del comité yrigoyenista ubicado a una cuadra sobre La Rioja al 687⁶⁹. Finalmente, la conferencia siguió su curso, pero fue incansablemente interrumpida por interjecciones hostiles lanzadas desde los tranvías, cuyos autores fueron sistemáticamente conducidos a la comisaría.

El 9 de Marzo (nº3), una conferencia de la UCRA que tenía lugar en el barrio de Belgrano, en la intersección de Federico Lacroze y Cabildo, fue molestada por varias exteriorizaciones a favor de Yrigoyen gritadas desde una auto que pasó a toda velocidad. El público intentó correr el vehículo en vano. Una vez terminada la reunión, un grupo de manifestantes antipersonalistas se encontró con una pandilla de yrigoyenistas ubicado en la vereda, a dos cuadras del lugar de la concentración. Inevitablemente, se produjo un enfrentamiento. Según *La Nación*, “Varios de los contendores esgrimían bastones y cuchillos, propinándose toda suerte de golpes”. Cuando un agente pretendió interponerse en la refriega, miembros de los dos bandos lo atacaron a puñetazos. Tres personalistas fueron finalmente detenidos. Sus domicilios respectivos figuran todos en el centro a pocas cuadras de distancia, indicio de que se trasladaron colectivamente hasta el lugar de la reunión antipersonalista⁷⁰.

Una escena similar ocurrió el 10 de marzo (nº4), en el barrio de Flores, durante una conferencia de la UCRA organizada en Rivadavia y San Pedrito. En un primer momento, varios “pequeños incidentes” interrumpieron la reunión, hasta que el paso de un auto provocó a los manifestantes. Al cabo de la conferencia, un grupo de militantes de la UCRA se encaminó por Rivadavia en dirección al comité de circunscripción, situado a 5 cuadras de ahí. Atrás de ellos, un núcleo de alrededor de treinta personas que también venía de la asamblea parecía seguir sus pasos. Al cabo de algunos minutos, el segundo grupo lanzó un “¡Viva Yrigoyen!” al que los antipersonalistas respondieron por un “¡Viva Melo y Gallo! Consiguientemente, se produjo una refriega y se disparó un tiro. La policía arrestó a un militante antipersonalista, Amadeo Palermo, quién estaba armado de un revolver. Durante el interrogatorio, el detenido explicó “que se había visto precisado a disparar un tiro al aire para repeler el ataque de que eran objeto. Deseaba así, por otra parte, provocar el desbande de los personalistas”⁷¹.

⁶⁹ *La Nación*, 01/03/1928, p. 8, *La Prensa*, 01/03/1928, p. 17; *La Época*, 01/03/1928, p. 12.

⁷⁰ *La Nación*, 10/03/1928, p. 9.

⁷¹ *La Nación*, 11/03/1928, p. 9.

En la noche del 18 de marzo (nº5), una quincena de militantes de la UCR regresaba de una conferencia que se había desarrollado en Avenida Sáenz y Ventana. Al pasar frente al comité antipersonalista “Federico Cantoni” que se encontraba a 6 cuadras del lugar de la reunión, lanzaron unos “¡Viva Yrigoyen!”. Desde el local, los antipersonalistas respondieron con unos “¡Viva el Dr. Melo!”. La justa verbal prosiguió hasta que, de repente, un disparo de arma de fuego se hizo oír, seguido, según *La Nación* y *La Prensa*, de cerca de 50 tiros más. Cinco miembros del comité antipersonalista fueron detenidos por haber iniciado el tiroteo⁷².

Otras acciones violentas abandonaron la lógica del barrio para ocupar específicamente las calles de centro de la ciudad. En efecto, durante la campaña, el eje cívico-monumental de Buenos Aires fue objeto de una lucha territorial entre las dos facciones que teatralizaron en el “corazón de las cosas” un conflicto de dimensión claramente nacional. En este contexto, Federico Cantoni se instaló como la figura clave de los enfrentamientos que se desplegaron en el espacio de algunas cuadras alrededor de la Avenida de Mayo, enmarcado por cuatro bastiones bien definidos: el Comité central de la UCR primero, situado en la Avenida de Mayo entre Piedras y Chacabuco; el de la UCRA ubicado a 200 metros de allí sobre Tacuarí al 16; el Gran Hotel España por otro lado, punto de encuentro tradicional de los personalistas, sobre Avenida de Mayo al 936; y finalmente el Hotel Español, a sólo tres cuadras sobre la misma avenida, donde solía alojarse Cantoni. Ese espacio acotado se convirtió rápidamente en el campo de batalla privilegiado, pero también en el principal objeto de disputa de grupos rivales que buscaron apropiárselo.

Así por ejemplo, el 7 de marzo, una conferencia antipersonalista fue organizada en la esquina de Corrientes y Carlos Pellegrini. Los oradores, entre los cuales figuraba Federico Cantoni, fueron sistemáticamente interrumpidos por diversos vítores a Yrigoyen lanzados desde los tranvías y las calles adyacentes, lo cual provocó varios incidentes. Al final de la reunión, Federico Cantoni y “algunos amigos que siempre lo acompaña[ba]n” se dirigieron hacia Pellegrini y Sarmiento para subirse a un auto. De repente, dos testigos escucharon varios “¡Viva Yrigoyen！”, seguidos por 3 disparos de pistola. Inmediatamente, el vehículo de Cantoni arrancó a toda velocidad en dirección al centro. Interrogados por la policía algunos transeúntes afirmaron que los tiros habían sido disparados desde el auto, otros sostuvieron lo contrario⁷³. Cuando Cantoni llegó a la calle Suipacha, otras aclamaciones a Yrigoyen fueron nuevamente seguidas por 2 detonaciones que hirieron a un peatón en la mejilla. Dos agentes de la Guardia Montada se lanzaron entonces a perseguir al senador de San Juan, seguido muy

⁷² *La Nación*, 18/03/1928, p. 8; *La Época*, 18/03/1928, p. 2.

⁷³ *La Nación*, 08/03/1928, p. 8.

de cerca por un grupo de yrigoyenistas que, según *La Prensa*, habían participado del tiroteo⁷⁴. A la altura de Florida y Sarmiento, se oyeron nuevos disparos que, según el informe de los agentes y algunos testigos, provenían del vehículo de Cantoni. Uno de los policías intentó treparse al auto para obligar al conductor a que se detuviera, pero recibió un puñetazo de uno de los pasajeros y cayó a tierra. Cantoni y sus cuatro compañeros detuvieron finalmente el auto, se bajaron exhibiendo sus revólveres y dispararon algunos tiros al aire. En su entrevista con el Jefe de Policía, Cantoni afirmó haber sido atacado por un grupo de personalistas armados; según la versión de *La Prensa*, éstos últimos pertenecían al comité yrigoyenista situado en Suipacha al 444.

Los días siguientes, las refriegas entre personalistas y antipersonalistas que se sucedieron casi sin interrupción, respondieron siempre a la misma dialéctica del “desafío y de la réplica”⁷⁵, en un contexto de superposición de territorios donde cada bando sabía que necesariamente podía encontrar a su rival. De hecho, el 8 de marzo, desde los balcones del comité central de la UCRA de Tacuarí, poco tiempo después de que una manifestación antipersonalista fuese perturbada por invectivas de algunos personalistas, Federico Cantoni llegó a declarar que “ante atentados como ese, alevosos e injustificables”, iba a corresponder, “en forma semejante: ojo por ojo y diente por diente”⁷⁶. De la misma manera, durante la noche del 15 de marzo, una caravana de 5 autos pasó delante del hotel de Cantoni en la Avenida de Mayo. Los pasajeros exhibieron sus revólveres, “para manifestar su hostilidad” al caudillo de San Juan, profiriendo varios: “¡Queremos la cabeza de Cantoni!”. Dispararon dos tiros al aire antes de huir a toda velocidad⁷⁷. Algunos testigos afirmaron que los disparos de los asaltantes fueron respondidos desde una ventana del hotel⁷⁸.

A menudo las manifestaciones de los antipersonalistas hasta los balcones del comité central de Tacuarí, después de terminada una reunión pública, provocaban la reacción de los yrigoyenistas, y hasta la formación por parte de éstos de una contra-manifestación. Tal situación desembocada casi siempre en enfrentamientos y finalmente en un tiroteo. Así por ejemplo, en la noche del 23 de marzo, un desfile se organizó después de una asamblea de la UCRA en la Plaza del Congreso. En ese mismo momento, alrededor de 250 militantes de la UCR –que acababan de asistir a la Convención Nacional encargada de designar la fórmula presidencial del partido– se encontraban reunido en la terraza del Gran Hotel España. La

⁷⁴ *La Prensa*, 08/03/1928, p. 17.

⁷⁵ Pierre Bourdieu, “Le sens de l’honneur”, in *Esquisse d’une théorie de la pratique*, (Genève: Droz, 1972), 15-43.

⁷⁶ *La Prensa*, 09/03/1928, p. 17.

⁷⁷ *La Nación*, 16/03/1928, p. 9.

⁷⁸ *La Prensa*, 16/03/1928, p. 18.

columna de manifestantes antipersonalistas tomó por Avenida de Mayo dirigiéndose hasta la sede del partido. Para evitar que ésta pasara delante de los yrigoyenistas, la policía desvió su camino. Al llegar a la altura del comité de Tacuarí, los partidarios de la UCRA se concentraron para escuchar los discursos de varios oradores, entre los cuales se encontraba Cantoni. Una vez terminada la conferencia, los militantes se dispersaron aclamando a Melo y a Gallo, lo cual suscitó inmediatamente la respuesta de los yrigoyenistas al grito de “¡Viva Yrigoyen!”. Frente a la provocación un grupo de manifestantes tomó la Avenida de Mayo con el propósito de pasar delante del Grand Hotel, acción a la cual los personalistas replicaron con mayores aclamaciones a Yrigoyen. La justa verbal entre ambos bandos, frente a frente, se prolongó, hasta terminar en un enfrentamiento que la policía dispersó rápidamente. Luego, los personalistas se replegaron en la vereda del Hotel España, mientras que varios grupos de antipersonalistas recorrieron las calles Victoria y Rivadavia, tratando de acceder a la Avenida de Mayo y obligando a las fuerzas del orden a que patrullaran las calles del centro hasta las 3 de la mañana⁷⁹.

La permanencia de la ciudadanía “viril”

Varios elementos de interpretación surgen de los casos arriba estudiados. En primer lugar, la intensa participación de Federico Cantoni en la campaña antipersonalista aparece claramente como el catalizador de la mayor parte de los enfrentamientos entre las dos facciones radicales. Adversarios despiadado de los radicales yrigoyenistas –contra los cuales el gobierno de su hermano, Aldo, no dudaba en cometer exacciones en su provincia– y figura en algún punto competitora de la de Yrigoyen, el senador de San Juan se impuso como un actor a la vez central y controvertido en el escenario de la Capital, aún cuando no era candidato en la circunscripción. Su presencia activa, acompañada de la de sus matones, y sus discursos virulentos parecen haber sido percibidos por los militantes yrigoyenistas como una provocación y una intrusión insoportable de un elemento exterior en territorio porteño; una afrenta a la que era necesario responder. Esta situación contribuyó a exacerbar un poco más la rivalidad identitaria directa que ya oponía la UCR a la UCRA. Así, a los conflictos que involucraban a los caudillos de comité en los barrios, se sumaban enfrentamientos que

⁷⁹ *La Nación*, 24/03/1928, p. 8.

reproducían, teatralizaban y sintetizaban, en el escenario nacional del *centro* de la ciudad, un clima más general de tensiones violentas que también tenía lugar en muchas provincias⁸⁰.

En segundo lugar, los acontecimientos registrados ponen en evidencia la existencia de cierto tipo de violencia y de disputas de territorio que aparecen ante todo controladas y ritualizadas. Para empezar, la actividad de obstrucción de reuniones adversas parece ser ante todo colectiva y concertada. Involucraba a hombres jóvenes de un promedio de edad de 25 años que se acercaban en grupo a los lugares de conferencia y buscaban disputarlos. Además, gran cantidad de agitadores (nº3 y 5), pero también de integrantes del público de las reuniones (nº2, 3, 4) solían llevar revólveres o cuchillos que no dudaban de utilizar. 18 de las 22 acciones violentas registradas mencionan la presencia de disparos, dos las exhibición de armas de fuego. La mayor parte de las veces, éstas constituyan una réplica a la provocación de algunos sujetos mezclados entre el público o ubicados en los alrededores de la reunión.

Así, el conjunto de las situaciones estudiadas se desarrollaba según una dialéctica del desafío y de la réplica en función de la cual el enfrentamiento y el recurso a las armas sólo intervenía en última instancia. Estos últimos eran siempre precedidos por una serie de gestos, actitudes y palabras que parecen constituir las etapas previas de un ritual que contiene por lo menos tres fases. Primero la interpellación verbal de los provocadores a través de la cual éstos últimos afirmaban su identidad, se presentaban a sus adversarios y los desafiaban. Luego, seguía un tiempo de espera, de incubación, durante el cual el grupo interpelado respondía a la ofensa y los contrincantes se evaluaban, se buscaban, se intimidaban mutuamente, a partir de determinados gestos y poses: una “actitud belicosa”, justas verbales, intercambios de “insultos y frases hirientes”, tentativas de acercamiento. Finalmente, el combate físico constituía la etapa última que permitía inclinar la balanza a favor de uno de los dos bandos. De hecho, era casi siempre precedido de la exhibición del revólver que parecía anunciar la predisposición de los actores al combate.

En este sentido, conflictos y acciones violentas ponían en juego unos modos de interacción pública de los cuales se desprenden los indicios de cierto modelo social de masculinidad⁸¹. En efecto, a través de los actos de obstrucción de conferencias o de las refriegas en el centro, los actores hacían la demostración de comportamientos y actitudes

⁸⁰ Durante la campaña de 1928 en San Juan, las persecuciones de los cantonistas hacia los yrigoyenistas condujeron a que éstos últimos se retiraran de la competencia electoral. Simultáneamente, los partidarios de Cantoni intervinieron violentamente con su policía y sus matones en la provincia de La Rioja y la zona oeste de Córdoba. Las manifestaciones radicales adversas fueron atacadas, revólveres en mano, y los yrigoyenistas perseguidos. En Mendoza, decenas de partidarios de Yrigoyen fueron detenidos por el gobierno de Lencinas y la campaña se saldó por varios muertos. Incidentes violentos fueron también registrados en la provincia de Santa Fe.

⁸¹ George Mosse, *L'image de l'homme. L'invention de la virilité moderne* (Paris: Pocket, 1999).

fuertemente impregnadas de los valores físicos y morales agonísticos: el riesgo, el desafío, el combate⁸². “Tomar” la calle se asemejaba a una afirmación pública de audacia, de valentía ofensiva, de ardor viril y de destreza, frente a la amenaza que podían representar los rivales o la intervención de la policía⁸³. De hecho, en una entrevista de *La Prensa*, Federico Cantoni se felicitaba de que sus partidarios de la UCRA “sepan reaccionar virilmente a la provocación”, demostrando de esta manera que “sabían hacerse respetar”⁸⁴. La cuestión de la defensa del honor del grupo aparece aquí como un elemento que modelaba legítimamente las prácticas y la trama argumentativa de la acción política. El sentido del honor obligaba a los varones a vengar el del grupo de partidarios locales; un honor que se basaba en la expresión pública de su virilidad⁸⁵. En el marco de estos códigos sociales de violencia masculina, los usos omnipresentes del revólver y del automóvil aparecen como elementos emblemáticos de una virilidad moderna de la que había que hacer alarde.

Lila Caimari señaló recientemente de qué manera los años 1920-1930 correspondieron a un período de transformación de las prácticas delictivas, marcado por el desarrollo del “pistolerismo” y del bandidismo móvil. Para la autora, la figura del delincuente pistolero se impuso en aquél entonces como un fenómeno social importante –fruto de la modernidad urbana, de las innovaciones técnicas y de nuevos hábitos de consumo–, pero también como un estereotipo estilizado vehiculado por la crónicas policiales de los diarios y las industria culturales (en particular el cine)⁸⁶. Ella subraya que la expansión del mercado automotor y la difusión masiva de las armas de fuego después de la Primera Guerra Mundial (cuya promoción se hacía en las revistas) contribuyeron a convertir el auto, y sobre todo el revólver, en objetos de consumo y uso común, asociados al arquetipo de una virilidad moderna y popular a la cual participaba la imagen del pistolero. En el marco de esa sociedad ampliamente familiarizada con la tenencia armas, Caimari sugiere que el *modus operandi* del “pistolerismo gangsteril” se extendió a otros grupos de actores asociados a la esfera de lo

⁸² A partir del estudio de la sociabilidad masculina y de los duelos, Sandra Gayol señaló la importancia de los valores y las prácticas vinculadas al honor viril en la sociedad porteña de los años 1862-1910. *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910* (Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2007) y *Honor y duelo en la Argentina moderna* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008).

⁸³ A partir del ejemplo de Francia en el siglo XIX, Anne-Marie Sohn demostró que la masculinidad se construía entre otras cosas a partir de la ocupación del espacio que convierte a los hombres en propietarios del mundo que les rodea. “Ceder o negar el paso, (...) saturar la esfera pública de sus gritos, monopolizar la calzada o una sala de baile (...) con danzas desenfrenadas, empujar a los transeúntes, tales eran algunos de los medios empleados por los jóvenes hombres para construir su masculinidad. (“Sois un homme!”. *La construction de la masculinité au XIX^e siècle*. Paris: Seuil, 2009, 77).

⁸⁴ *La Prensa*, 10/03/1928, p. 16.

⁸⁵ Robert Muchembled. *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad* (Madrid: Paidós, 2010).

⁸⁶ Lila Caimari, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2012), 58.

infrapolítico, tales como los matones de comités. A partir del ejemplo de Avellaneda, la autora señala la porosidad del límite entre violencia común y violencia política. Da cuenta de en una sociedad “en la que el juego de azar y la prostitución estaban profundamente enraizadas” y funcionaban en “denso entrelazamiento con los bordes semi-legales de la política: eran su fuente de financiamiento a niveles grandes y pequeños”. El recurso al “pistolerismo” para controlar territorialmente el juego ilegal revela, pues, una asociación compleja entre lo político, los delictivo y la corrupción de la policía.

Entre los casos estudiados, ciertos indicios dejan aparecer alguna conjunción entre la política local y las actividades ilícitas. El 12 y 17 de marzo de 1928, dos comités antipersonalistas fueron pesquisados por la Sección Leyes Especiales de la División de Investigación, en la intersección de Tacuarí y Garay (a pocas cuadras del lugar donde, tres días antes, una conferencia de la UCRA desembocó en un enfrentamiento entre “elementos notorios”; nº1) y en Tacuarí al 16 (al lado de la sede central del partido)⁸⁷. En ambos casos, la policía detuvo a unos sesenta individuos que se entregaban al juego ilegal. De la misma manera, el 19 de marzo, cinco afiliados del comité antipersonalista de Grito de Ascencio – entre los cuales figuraba el presidente – fueron arrestados por disparar contra manifestantes de la UCR. Todos poseían antecedentes judiciales por robo, homicidio, uso de armas de fuego e infracción a la ley 4097 de represión del juego⁸⁸.

Ahora bien, no se trata de generalizar los vínculos entre política y actividades ilegales, ni tampoco de criminalizar las acciones estudiadas en el presente trabajo. Sin embargo, es posible bosquejar una interpretación general sobre la cuestión de las prácticas violentas y de la permeabilidad de diferentes esferas sociales marcadas por el “pistolerismo”, agregándole un eslabón a la trama propuesta por Caimari. A nuestro entender, las situaciones violentas observadas dejan entrever la existencia de una serie de códigos y prácticas ritualizados vinculados a un régimen ofensivo de masculinidad que no se limita al bandidismo, ni a los matones de comités involucrados en actividades delictivas. En efecto, en todos los casos identificados, los incidentes involucran tanto a dirigentes políticos⁸⁹, como a sujetos cuyas profesiones (carnicero, panadero, abogado, chofer, etc.) sugieren cierto nivel de integración a la sociedad porteña legal. Además, casi todos los incidentes identificados revelan rivalidades que se inscribían en el marco del barrio. En efecto, los provocadores tenían generalmente domicilio en la misma zona de la reunión pública que buscaban interrumpir (nº5), eran

⁸⁷ *La Nación*, 12/03/1928, p. 7; *La Época*, 18/03/1928, p. 12.

⁸⁸ *La Época*, 19/03/1928, p. 14.

⁸⁹ Nos referimos a Federico Cantoni, pero también a Enrique Badesich, dirigente personalista de Córdoba o José Lozano Muñoz, dirigente de Tucumán, ambos involucrados en las peleas de Av. de Mayo, el 23 de marzo.

calificados de “elementos notorios” (nº1), eran reconocidos por sus víctimas o eran afiliados de un comité situado a pocas cuadras del enfrentamiento (nº2 et 5)⁹⁰. En este sentido, se ve ratificado un aspecto bien conocido de la relación entre política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras, es decir la importancia del barrio como unidad primaria de la sociabilidad y de la identidad política⁹¹. Sin embargo, también permite señalar una dimensión que ha sido menos tomada en cuenta: la permanencia de cierto grado de violencia y de una lógica guerrera en las prácticas políticas. Paralelamente a la propaganda electoral destinada a interpelar públicos más extensos, las riñas entre los afiliados más activos de los comités radicales seguía siendo una de las modalidades de la lucha política, en función de un estilo muy similar a las tradicionales batallas electorales facciosas. Así, a nivel local, la rivalidad entre personalismo y antipersonalismo parecía superponerse a una disputa entre grupos minoritarios, dirigidos por caudillos barriales en lucha por la supremacía y el control territorial sobre la sección⁹².

Finalmente, estos enfrentamientos deben relacionarse con la cultura política del propio radicalismo. En primer lugar porque la competencia entre las diversas facciones del radicalismo solía dirimirse de esta manera en las provincias⁹³. En la Capital Federal, las situaciones violentas eran más contadas: podían aparecer puntualmente en épocas de elección de las autoridades de algunos comités⁹⁴, pero nunca ocupaban el centro del escenario político. En el marco de la polarización de 1928, tendieron a intensificarse y a cobrar mayor visibilidad. En segundo lugar, los acontecimientos ocurridos durante la campaña fueron acompañados de discursos partidarios que les atribuyeron un mayor sentido político. Así por ejemplo, evocando los incidentes, el diario yrigoyenista *La Época* afirmaba en una editorial:

“No pretendemos, desde luego, que la contienda sea una batalla de flores, en donde los adversarios se arrojen ramilletes acompañados de sonrisas. Absolutamente; una lucha democrática por lo mismo que la realiza el pueblo debe asumir necesariamente, si es sincera, esas formas vigorosas, a veces ásperas y rudas que pone el pueblo en la realización apasionada de sus ideales”.

⁹⁰ Sostenemos estas afirmaciones a partir del conjunto de los 22 casos estudiados.

⁹¹ Leandro Gutiérrez y Luís Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007); Luciano de Prvitellio, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).

⁹² Sobre el clientelismo político en Buenos Aires vease David Rock “Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930, *Journal of Latin American Studies* 4, no. 2 (1972): 233-256; Joel Horowitz, “Patrones y Clientes: El Empleo Municipal en el Buenos Aires de los Primeros Gobiernos Radicales (1916-1930)”, *Desarrollo Económico* 46, no. 184 (2007): 569-596.

⁹³ Persello, *El partido radical*, 66.

⁹⁴ Entre 1920 y 1924 por ejemplo, la circunscripción 8a fue el escenario de una rivalidad entre el dirigente Antonio Bonifacio y sus competidores por la dirección del comité. Esta se dirimió varias veces a través de enfrentamientos revólveres en mano.

Reaparece aquí una valoración de la acción cívica asociada a las demostraciones de virilidad controlada, al coraje de defender opiniones públicamente y de enfrentar al adversario con resolución; valores que remiten a una concepción de la vida pública en gran medida heredada de la experiencia republicana de la segunda mitad del siglo XIX y de los orígenes revolucionarios de la UCR. La combatividad en la calle en defensa del ideal regenerador del yrigoyenismo era presentada como una forma de expresión legítima de la voluntad popular. Según el diario, era la manifestación de las sanas “reacciones de indignación popular” dirigidas contra la licencia injuriosa, la brutalidad gratuita y la violencia descontrolada atribuidas a las huestes de Federico Cantoni, una prueba a su vez de la poca virtud cívica de los antipersonalistas. Así la reivindicación del estilo “viril y franco”⁹⁵ de los personalistas remitía a una concepción particular de la práctica y esencia democráticas: la visibilidad del pueblo-actor en tanto fuerza inmediatamente activa de la soberanía.

Por lo tanto, sostenemos que, lejos de constituir un fenómeno marginal del campo político, el “pistolerismo” político revela la pregnancia de un modo operatorio ubicado en la intersección de lo político y lo social, de lo legal y de lo ilegal, en el que se mezcla cierta concepción clásica de la acción pública, asociada a las demostraciones de virilidad republicana; un régimen de ciudadanía que, a nuestro modo de ver, seguía coexistiendo con la faceta “civilizada” de la sociabilidad política dominante.

Conclusiones

La campaña electoral de 1928 correspondió a un momento de crispación política particular que se expresó de diversas maneras en muchas de las provincias argentinas. En un contexto de polarización alrededor de las dos facciones radicales y de agudización de la lógica amigo / enemigo, la candidatura de Yrigoyen se instaló en el centro de la competencia política. En este marco, el escenario porteño –cuyas lógicas eran a la vez nacionales y locales, simbólicas y geográficas– cobró especial importancia. En efecto, el espacio urbano constituyó la escena principal sobre la cual los partidos pretendieron exhibir su capacidad de convocatoria y desplegaron su propaganda. En particular, la ciudad fue ocupada cotidianamente por los discursos identitarios de los radicalistas; discursos cuyos términos ubicaban la competencia electoral en un nivel que la superaba.

A través de la figura de Yrigoyen, asimilada por la UCR a la “voluntad nacional”, se procuró aglutinar de manera exclusiva la identidad de los militantes, pero también de los

⁹⁵ *La Época*, 03/03/1928, p. 1.

(“buenos”) ciudadanos. Definiendo la competencia como una lucha irreducible entre la “Causa” del pueblo –encarnada en el líder– y sus enemigos –asociados al “Régimen”–, el Partido Radical condicionó los posicionamientos políticos de sus adversarios. Así, frente a la posibilidad de lo que interpretaba como el advenimiento inminente de una especie de “absolutismo presidencial”, la UCRA asumió a su vez la competencia simbólica que se desplegó en las calles de la ciudad sobre un modo invertido al de la dicotomía personalista. Ubicándose del lado de la defensa de la República y de la Constitución, de la “buena ciudadanía” frente a lo “arbitrario” o “demagógico”, el antipersonalismo contribuyó también a construir la contienda política a partir de una partición absoluta que ubicó en el centro del escenario una lectura a la vez moral y cultural del momento político.

A través de las conferencias y los afiches, cada partido tendió a desarrollar una retórica de la “puesta en peligro”, erigiéndose en garante y restaurador exclusivo de una tradición, de libertades y de prácticas republicanas que se presentaban como amenazadas. Según esos discursos, la campaña ponía en juego mucho más que una instancia electoral: representaba una lucha simbólica y decisiva por la defensa de diferentes versiones de la “buena” ciudadanía. Además, cada bando se empeñó a afirmar en la calle la fuerza absoluta de sus concepciones, identificando a sus adversarios como una amenaza para la integridad de la comunidad política. En este marco, tanto la UCRP como la UCRA apelaron a un imaginario cívico en gran parte vinculado a la “cultura de la movilización” republicana anterior a 1912.

Por lo tanto, la coyuntura de 1928 permite observar las tensiones generadas entre el principio sostenido por la Ley Sáenz Peña (la soberanía del número y la primacía de la ciudadanía electoral) y un conjunto de valores, discursos y prácticas que se ordenaban en torno a una ciudadanía no estrictamente limitada al ejercicio del voto. Estos últimos remitían a una valoración de la dimensión pública de la acción ciudadana, así como a una concepción de la competencia política fundada sobre la dicotomía amigo-enemigo a partir de la cual cada grupo político se consideraba el único representante legítimo del pueblo. Esta constelación retomaba motivos caros a las tradiciones políticas del siglo XIX, pero en una nueva configuración que modificaba sus sentidos.

El yrigoyenismo aparece aquí como el motor de una visión plebiscitaria de la democracia y de una forma nueva de hacer política “con las masas”. Para los personalistas, la victoria se daba por descontada ya que la unidad entre la voluntad popular, el radicalismo e Yrigoyen era un hecho que antecedía la elección. En este marco, la calle no sólo era el espacio donde se buscaba interpelar al electorado, sino también hacer tangible una mística de la encarnación que precedía y superaba el mero acto comicial. Los antipersonalistas por su lado tendieron a

reactivar concepciones más clásicas que apelaban a una vida política activa protagonizada por hombres libres y asociada a las virtudes masculinas. En este marco, la acción en la calle se concebía como un valor susceptible de rivalizar puntualmente con las autoridades surgidas de los mecanismos formales de representación popular. Sin embargo, la persistencia de esta modalidad de la cultura política se revelaba problemática en el marco de la ampliación democrática y del sistema de partidos establecido desde 1912.

Por otro lado, la lógica amigo / enemigo que estructuró los discursos encontró su expresión en las prácticas concretas de los actores involucrados en la campaña. Se caracterizó por la recurrencia de acciones violentas orientadas hacia la anulación simbólica de la presencia del adversario en las calles de la ciudad. Estos enfrentamientos ponían en evidencia un modo de participación política impregnado de valores sociales derivados de los códigos de la violencia masculina, entrecruzados con una concepción de la ciudadanía que remitía al modelo ofensivo heredado del siglo XIX. En este sentido, el ideal dominante de ciudadanía “educada” y “civilizada” promovido desde 1912 parecía coexistir, todavía, con otras formas de acción cívica asociadas con el derecho de expresar “virilmente” sus convicciones políticas en el espacio público. En el contexto tenso de 1928, esta faceta cobró particular visibilidad en el escenario urbano.